



En Gaza, cruza un misil. La paz espera impaciente. El Estado de Israel, como tal, en el epicentro del problema. (Foto: periodismohumano.com)

El Estado palestino entre la utopía y el realismo

LEYLA BARTET*

A inicios de diciembre del año pasado, el mensual Le Monde Diplomatique y la revista Témoignage Chrétien organizaron un viaje de estudios a Israel y Cisjordania sobre el tema de las negociaciones de paz. Un grupo de intelectuales y periodistas, en su gran mayoría integrado por franceses, tuvo ocasión de visitar, discutir y palpar las múltiples contradicciones de una realidad compleja, donde discurso y realidad no se dan la mano. Se trata, sin duda, de un espacio geográfico en el que evolucionan dos actores asimétricos y definitivamente heterogéneos en su composición y sus opciones políticas. Palestinos e israelíes se construyen y de-construyen como actores capaces de evocar (o de soñar) soluciones divergentes para el problema común de su convivencia en espacios reales y simbólicos. La autora de este artículo participó en este viaje. He aquí algunas de sus reflexiones.

La noche desciende rápido en invierno. Son apenas las 5:00 y ya el perfil de la tres veces santa ciudad de Jerusalén (Al-Quods) se dibuja en la bruma arenosa del atardecer. Regresamos de Belén, del campo de refugiados de Deisheh donde nos acogió Naji Odeh, encargado del comité popular que lo administra. Pero, más que su discurso sobre las ayudas internacionales y la historia de la creación del campo (casas de ladrillo, calles de tierra, muros cubiertos de lemas llamando a la lucha y de afiches de mártires), me conmueve el testimonio del joven Murad. Con una voz cargada de rencores me cuenta las dificultades de la vida cotidiana, la imposibilidad de desplazarse libremente fuera del campamento, la humillación. A mi pregunta sobre los límites de un futuro Estado palestino me responde: "Quiero el retorno a la Palestina histórica, sueño con un país que al norte

limite con el Líbano y al sur con Egipto". Cuando le menciono el anacronismo de su posición, hoy que la comunidad internacional ha reconocido casi universalmente al Estado e Israel, me dice "Israel no es mi problema. Mi problema es el pueblo palestino y sus derechos. Mis antepasados vivían en Jaffa pero yo nunca he visto el mar, ni siquiera conozco Jerusalén porque carezco de salvoconducto y a pesar de su proximidad de Belén, no puedo ir. Quiero moverme libremente en mi país". Es cierto que Murad está vinculado al FPLP (Frente Popular para la Liberación de Palestina), integrante minoritario y de izquierda radical de la OLP, pero si sus opciones son extremas (no reconocerle derechos a Israel), sus preocupaciones y sentimientos son los de la gran mayoría de palestinos, dentro y fuera del espacio que nos ocupa. Baste para ello recordar la situación extrema de los campamentos del Líbano donde siguen teniendo un estatuto de refugiados desde 1967, sin permisos de trabajo (lo que les haría perder precisamente el estatuto de refugiados y por lo tanto la ayuda internacional y el derecho al

* Socióloga y escritora. Trabaja actualmente en la UNESCO, en París. Su último libro es *Las fronteras disueltas. Voces árabes en el Perú. Siglos XIX y XX*. Coedición del Fondo Editorial del Congreso y el Club Unión Árabe-Palestino (Lima 2011).



Viviane Priemare

Leyla Bartet, reportera peruana, frente al mausoleo de Yasser Arafat en Ramallah, ciudad en la que fue acosado y resistió con un celular y una pistola.

retorno), sobreviviendo miserablemente y sin horizonte alguno en el corto plazo.

Más allá de los logros diplomáticos y del triunfo político que ha significado el reconocimiento de Palestina en la UNESCO (como miembro pleno) y en la ONU (como Estado observador no miembro), Murad mira el futuro con escepticismo:

“Se barajan muchas opciones; es como las modas occidentales. Por épocas se defiende la idea de un Estado bi-nacional o de una federación que incluya a la antigua Transjordania (hoy Jordania), luego la propuesta de dos Estados autónomos uno al lado del otro y con fronteras seguras. Hoy, tras años de negociaciones inútiles,

de acuerdos que Israel jamás respeta, vuelve a circular la idea de un Estado único que acoja a los dos pueblos. Pero a juzgar por lo que viven los llamados 'árabes de Israel' o los beduinos del Neguev, esta opción es absolutamente utópica. En realidad, lo que más nos ha permitido avanzar políticamente y responder a las humillaciones cotidianas en los *checkpoints* han sido las dos intifadas. Cualquiera día estalla una tercera".

Es cierto que la victoria de la coalición que el partido *Likud* de Benjamín Netanyahu ha formado con el ultranacionalista *Israel Beytenu* de Avigdor Liberman, no deja muchas esperanzas de negociar, como lo afirma un reciente documento interno de la OLP. Sus dirigentes opinan que los partidos y la sociedad israelíes han dejado de considerar el tema en la agenda, baste para ello observar el silencio que rodeó la cuestión de la paz y el posible Estado palestino en las últimas elecciones. "Este es el final de la solución de los dos Estados", explica la legisladora Hanan Ashrawi, integrante del Comité Ejecutivo de la OLP. "No es solo retórica, no es solo desafío lingüístico entre los candidatos: este gobierno está destruyendo, en el terreno, la solución a dos Estados. Construye más asentamientos. Roba más tierra. Intensifica y aumenta la anexión de Jerusalén y la construcción de asentamientos dentro y alrededor de Jerusalén, aislando la ciudad de modo cada vez mayor".

1 Véase <www.alternativenews.org/english/>.

ISRAEL: GANAR TIEMPO Y ESPACIO

Uno de nuestros guías en este viaje es Michel Warschawsky. Este militante pacifista y antisionista estaba contento en esos días porque la organización que dirige, el Centro de Información Alternativa (AIC, por las siglas en inglés),¹ acababa de ganar el Premio de Derechos Humanos de la República Francesa. Michel nació en Francia a fines de la Segunda Guerra Mundial y es hijo de un rabino que integró la resistencia al nazismo, antes de decidir instalarse en un *kibboutz* (granja colectivista) en los años cincuenta. La muerte progresiva del sueño socialista israelí, las guerras que ensangrentaron este sueño y su profundo sentido de justicia lo llevaron a asumir una posición cada vez más crítica frente al modelo de Estado que se establece en su país. "Hablar de Israel como Estado judío y democrático es un oxímoron. ¿Cómo se puede ser democrático negándole espacio a musulmanes y cristianos?". Varias veces detenido y siempre acosado, Warschawsky es hoy un símbolo de la resistencia progresista israelí.

Acompañado por Sergio Yahni, urbanista argentino que también trabaja en el AIC, Michel nos invita a un recorrido por los asentamientos que rodean el casco histórico de Jerusalén. Visitamos una colonia cuya historia ilustra el discurso arriba citado de Hanan Ashrawi. En efecto, lo que ocurre en Har Homa no es una excepción. Se trata de una suerte de fortaleza de piedra blanca erigida sobre una colina pedregosa, a la salida sudeste de Jerusalén. Los edificios de esta nueva

ciudad se extienden de modo concéntrico, pero solo existe una entrada. Por dentro es un pequeño paraíso de calles circulares, de jardines infantiles y de maceteros floridos. Como está situado a cierta altura, la vista es espléndida sobre las colinas del desierto de Judea y Belén. El centro de Jerusalén está a diez minutos en automóvil o en autobús y sus habitantes se consideran a sí mismos jerosolimitanos.

Sergio nos explica que en el gigantesco juego de Monopoly que ha desarrollado Israel, Har Homa es un lugar simbólico. Construido en los años noventa en los límites del Gran Jerusalén, cuyas dilatadas fronteras jamás han sido reconocidas internacionalmente, Har Homa representa la determinación voluntarista del vasto proyecto de judaización de la ciudad. Como todos los espinosos asuntos relativos a la colonización, la historia de Har Homa es un embrollo que asocia especulación urbana y tenacidad política. El proyecto se lanza sobre una colina situada entre Jerusalén y Belén, en los terrenos boscosos de un área protegida y emplazada dentro de la Cisjordania ocupada. Har Homa se construye al este de la Línea Verde, la línea de demarcación del cese del fuego en 1949. Por lo tanto, la ley internacional la considera como *una colonia*. La movilización de la izquierda israelí y de los palestinos contra el proyecto en los años noventa no pudo impedir su realización. Hoy, Har Homa tiene veintidós mil habitantes y nuevas filas de edificios siguen creciendo como hongos.

El alcalde de Har Homa se instaló allí en febrero de 2002. Es un sionista religioso convencido que no tiene miedo de expresar sus convicciones: “Me instalé en Har Homa por razones ideológicas, para reforzar Jerusalén”, dice. “Eso quiere decir traer cada vez más judíos para ocupar el espacio y crecer, crecer y crecer”. A pesar de las leyes internacionales al respecto, Har Homa es considerado por las autoridades israelíes como parte integrante de Jerusalén y, en esta calidad, no se ve afectado por la disposición de congelar las construcciones que se dictó en 2010.

Más tarde, Michel Warschawsky nos explica que este ejercicio de ocupación del territorio forma parte del razonamiento expresado de modo explícito por Ariel Sharon hace más de diez años (2002). En declaraciones al diario *Haaretz*, el ex dirigente israelí que se definía a sí mismo como “un guerrero”, afirmó que “la guerra de independencia aún no ha terminado. El año 48 fue solo el comienzo”. Orgulloso de haber participado en todas las guerras israelíes (1947, 1948, 1956, 1967, 1973 y 1982 con la invasión del Líbano, el sitio de Beirut y las masacres de Sabra y Chatila), dijo que era preciso continuar, ganar hectárea tras hectárea hasta aglutinar todo el territorio del Israel bíblico, es decir, la antigua Palestina del mandato británico, incluyendo Cisjordania y Gaza. “Ninguna colonia debe ser evacuada, ni en Cisjordania ni en Gaza. Todas tienen una importancia estratégica, una importancia sionista. Es preciso restablecer una presencia judía en Eretz Israel [el gran Israel]”,



La primavera árabe aún no calienta del todo ni ha modificado la opinión internacional en torno al conflicto israelí-palestino. (Foto: lamula.pe)

un ejercicio de derecho divino a juzgar por las numerosas citas del Antiguo Testamento. Y en relación con el estatuto de Jerusalén, no pudo ser más concluyente: “Jerusalén no es negociable porque pertenece a los judíos de aquí a la eternidad”. Sharon, que Netanyahu aprecia y admira como gran estadista (aunque el uso del presente es un exceso de lenguaje porque desde 2006 el “guerrero” vive en estado de coma profundo), cree que es preciso avanzar sobre “el hecho consumado”. “Cada paso es irreversible —afirmó al Heeretz—, no podemos retirarnos de la zona de seguridad este ni del oeste [Cisjordania], no podemos dejar las vías que unen estos espacios, no podemos dejar Jerusalén y, naturalmente, debemos conservar la propiedad del subsuelo y las

capas freáticas porque de allí proviene un tercio del agua que consumimos”.

Un objetivo paralelo es de tipo demográfico: hay que favorecer la inmigración. Su propuesta entonces era traer a un millón de judíos, sobre todo originarios de Europa del Este, desarrollar el desierto del Neguev y echar a andar una reforma de la educación según los principios del sionismo.

Si esta es la política de Estado de Israel, ¿qué Estado palestino se puede construir? ¿Sobre qué bases, en qué territorio?

UN ESTADO, DOS ESTADOS, OTRAS PROPUESTAS

El historiador Faruk Mardam Bey, director de la colección Sinbad en la editorial francesa Actes Sud, sostiene que desde hace

unos años las intervenciones, coloquios y declaraciones sobre las perspectivas estratégicas del movimiento nacional palestino se han multiplicado. Pero las dos opciones más importantes siguen siendo:

- por una parte, la de un Estado palestino independiente en los territorios ocupados tras la guerra de 1967, junto al Israel originario cuyos límites se establecieron en 1947 en la resolución de la ONU sobre la partición;
- por otra parte, la de un Estado democrático que cubriría la totalidad del territorio y en el cual convivirían israelíes y palestinos.

La segunda opción es la más antigua, aunque ha recuperado vigencia desde hace solo un lustro. En el seno de la comunidad judía de Palestina, en el período de entreguerras, muchos intelectuales defendieron la idea de un solo Estado democrático para dos pueblos. El filósofo Martin Buber creó, en 1925, el *Brit Shalom* (Alianza para la paz) en compañía de Gershom Sholem, Arthur Ruppin y Hugo Begmann. Su credo era “promover la comprensión entre judíos y árabes para convivir en la tierra de Israel, en un espíritu de completa igualdad de derechos políticos”. En aquel momento no se trataba de una posición minoritaria: 40% de los judíos que entonces vivían en Palestina eran favorables a esta opción que fue borrada tras la guerra del 48.

Eric Hazan y Eyal Sivan, autores israelíes del libro *Un Estado común entre el Jordán y el mar*, son categóricos en su constatación: “La decisión de la Asamblea

General de la ONU en 1947 no ha funcionado. Setenta y cinco años de resoluciones, declaraciones, misiones, conferencias, hojas de ruta, planes de relanzamiento y hasta ahora no hay nada concreto. Esto no es una solución, es un discurso”. Y, lo que es peor, un discurso que favorece el statu quo porque entre tanto Israel persiste en su política de ocupar territorio. Ariel Sharon sabía lo que hacía cuando lanzaba la consigna de no fijar fronteras. A Israel no le conviene un trazado preciso de su espacio porque así puede seguirlo ampliando día a día con nuevas colonias. Mientras tanto, la comunidad internacional ha guardado un silencio cómplice cargado de falsas simetrías frente a las responsabilidades palestinas.

El filósofo Sari Nusseibeh, rector de la universidad árabe Al Quods (Jerusalén), sabe que la idea de un Estado binacional es hoy rechazada por la mayoría de los dos pueblos. Pero la solución de dos Estados resulta también algo utópica. Ya en las negociaciones emprendidas por la anterior administración estadounidense (bajo la presidencia de George W. Bush), Condoleezza Rice debió implementar el concepto de “contigüidad” para reemplazar aquel de “continuidad” con relación al territorio concedido a los palestinos. De hecho, las numerosas colonias implantadas en Cisjordania no dejan lugar para ninguna “continuidad” territorial. La contigüidad, en cambio, suponía establecer puentes, túneles y otras vías de contacto que permitieran a los palestinos circular entre las colonias. En el terreno, esta opción resultaba inaceptable para la Autoridad Palestina.



La dura suerte de los polacos judíos en 1942 se parece a la de los palestinos a principios del siglo XXI.
(Foto: australiansforpalestine.org)

En este contexto de frustraciones, Nusseibeh propone una tercera vía: una federación. Esta opción había sido planteada en 1947 en el seno de la Comisión Especial de Naciones Unidas (UNSCOP) encargada de preparar la resolución de la Asamblea General, y apoyada por Irán, la India y Yugoslavia. Pero Nusseibeh quiere ser pragmático y realista. Se trata de proponer soluciones que puedan funcionar. Para que Israel acepte esta salida sería preciso, sin embargo, que en esta hipotética federación los palestinos gocen de derechos cívicos más no políticos. Permitiría, en cambio, la libre circulación de los palestinos que podrían trabajar donde mejor les pareciera y tendrían acceso a derechos comunes de salud, educación, seguridad y justicia. Pero la

eventual implementación de un sistema federado tendría que ser progresiva para permitir la instauración de una confianza recíproca. En el sueño de Nusseibeh, esta opción no elimina la transformación de la Autoridad Palestina en Estado autónomo, reconocido por la ONU pero con una existencia territorial y una población de nacionalidad diferente.

Otra propuesta, mucho más dudosa, es la que defiende el Centro Begin-Sadat de Estudios Estratégicos (BESA, por sus siglas en inglés). Se trataría de adosar Cisjordania a Jordania y de anexas Gaza a Egipto. Es decir, un retorno a la situación anterior a la guerra de 1967. El BESA imagina, en un documento titulado "Alternativas regionales a la solución de dos Estados", publicado en 2010, la constitución de

una federación jordano-palestina a la estadounidense, con un poder federal situado en Aman. Esta parece la solución más improbable. Cuando la terrible operación israelí en Gaza conocida como “Plomo Fundido”, en enero de 2009, el ex diplomático estadounidense John Bolton evocó la posibilidad de una anexión de Cisjordania a Jordania, convocó el rechazo total de Aman: “Jordania no puede ser un Estado de sustitución para los palestinos que ya son muy numerosos en nuestro país”, indicó una autoridad de esa nación.

Tanto para Michel Warschawsky como para Dominique Vidal, periodista de *Le Monde Diplomatique* y coorganizador de nuestro viaje, el debate teórico sobre un Estado binacional es muy interesante pero no figura en la agenda inmediata. Los palestinos no tienen actualmente ninguna razón para renunciar a su ofensiva internacional por el reconocimiento de su Estado. Vidal sostiene que si bien la idea de un Estado binacional es generosa y tiene la ventaja de resolver algunos puntos insolubles en los programas de negociación —como la cuestión de las fronteras, el retorno de los refugiados que alteraría el equilibrio demográfico, la cuestión de Jerusalén y el desmantelamiento de las colonias—, por el momento ambos pueblos desean vivir cada uno por su lado. “Pero —advierde Dominique Vidal— si el reconocimiento en la UNESCO y la admisión como Estado observador en la ONU no son seguidos por una verdadera voluntad de imponer nuevas reglas de juego a Israel, entonces sí los palestinos se verían obligados a sacar

las conclusiones de una batalla iniciada hace muchos años para lograr un mini-Estado reconocido. En ese caso tendrían que optar por soluciones alternativas”.

Las esperanzas para un futuro cambio en la actitud de la comunidad internacional se basan en las revueltas que sacuden el Mundo Árabe desde finales de 2010, pero también en las protestas de los indignados israelíes hartos del deterioro de su calidad de vida, en la perspectiva de una unificación del movimiento nacional palestino (Hamás y la OLP) y el aislamiento de Israel dentro del sistema de Naciones Unidas.

Camino al aeropuerto de Tel Aviv para tomar el vuelo de regreso, no puedo evitar el recuerdo de Murad indignado por las asimetrías de la política occidental frente al Medio Oriente. ¿Por qué se pudo aplicar un embargo y bloqueo al Iraq de Saddam Hussein, tras la primera guerra del Golfo? ¿Por qué se sanciona a Irán por sus investigaciones nucleares? En una perspectiva democrática, resulta indignante el bloqueo de facto en Gaza debido al triunfo indiscutible del Hamás en las elecciones pasadas. En cambio, no se sanciona económicamente a Israel por las numerosas violaciones de todas las resoluciones de Naciones Unidas, por la aplicación de una política de *apartheid* frente a los palestinos y por las comprobadas y denunciadas violaciones de los derechos humanos. Si la comunidad internacional continúa aplicando el *laissez faire, laissez passer* frente al gobierno israelí, la paz no encontrará asideros para hacerse un lugar en esta tierra. ■

Michel Warschawsky: Israel es un Estado de estructura colonial

ENTREVISTA POR LEYLA BARTET

El 3 de diciembre, Jerusalén amaneció con sol. Michel Warschawsky sonríe en su oficina del Centro de Información Alternativa (AIC) y su labio superior levanta involuntariamente sus grandes bigotes canos. No es para menos: a pesar de las presiones del Consejo Representativo de las Instituciones Judías de Francia (CRIF), el gobierno francés acaba de informarle que ha sido designado ganador del prestigioso Premio Internacional de Derechos Humanos de la República Francesa. Su militancia se inició tras la guerra de los seis días en 1967, cuando Israel ocupó Cisjordania, Gaza y parte del Golán sirio. Pero es solo en 1984 que logra crear el AIC como frente de organizaciones pacifistas israelíes y palestinas. En 1989 es condenado a veinte meses de prisión por “prestar servicios a organizaciones ilegales”. Autor de varios libros, en particular el notable Sobre la frontera donde se interroga sobre los límites del Estado de Israel, país que no reivindica fronteras precisas porque estas van avanzando en función de las ocupaciones y las anexiones. “Se trata, dice, de una frontera simbólica entre la legalidad y la ilegalidad porque la frontera implica un cuestionamiento permanente sobre lo que nos define y sobre lo que es el otro, la alteridad está detrás de la frontera”. Warschawsky organiza periódicamente viajes a su país de extranjeros deseosos de conocer más y mejor la realidad de Israel y la situación de la población palestina.



Cómo surge la idea de crear una organización como el AIC?

En 1982 tiene lugar la guerra del Líbano, una campaña militar titulada “Paz para Galilea” y supuestamente destinada a garantizar la seguridad de nuestra frontera norte. Pero no nos contentamos siquiera con la ilegal ocupación del sur del Líbano. *Tsahal* [el ejército] llegó hasta Beirut, donde estableció un larguísimo sitio. Este alarde bélico produjo una inmensa ola de rechazo

dentro de Israel. Más de cuatrocientas mil personas salieron a las calles de Tel Aviv para condenar las masacres de Sabra y Chatila. Nuestros amigos palestinos nos decían “No entendemos lo que ocurre. No esperábamos semejante movilización”. Había, pues, una demanda de inteligibilidad, era preciso un discurso que explicara lo que estaba ocurriendo en el país. Paralelamente, en Palestina tenía lugar en ese mismo momento un nuevo fenómeno: el surgimiento de un



Dirigente palestina (FPLP) Johaina Seifi, miembro del Comité de Defensa del casco histórico árabe de San Juan de Accre. A su lado, con sombrero, Michel Warschawsky, fundador y director del Centro de Información Alternativa de Israel (AIC). (Foto: Leyla Bartet)

movimiento popular autónomo que más tarde se convertiría en la primera Intifada. Creamos el centro con la voluntad de dar a conocer la realidad de la sociedad palestina a los israelíes, a los medios de comunicación israelíes, a los *decition makers*, a los militantes. Y también de explicarles a los palestinos cómo funcionaba la lógica israelí, tratamos de darles

las claves para comprender la evolución de la sociedad israelí.

En la actualidad, ¿cuál es el eje de su lucha política?

Una de nuestras preocupaciones es imponer en el debate político israelí el término “colonial”, pero no solo las expresiones “colonos” y “colonial” sino la historia de un Estado colonial, de una

estructura colonial. A pesar de que la expresión "proceso de paz" aparece constantemente cuando se habla del Medio Oriente, en realidad el único momento en el cual el tema figuraba en la agenda hebrea fue en los meses que precedieron el asesinato de Itzak Rabin (1995). El único proceso en curso desde hace mucho es el de la colonización.

En los años noventa hubo una importante movilización israelí denunciando la ocupación. Hoy la situación parece más conforme a la política oficial. ¿Qué ha pasado?

Es cierto que hoy el movimiento pacifista ha perdido peso. Los ochenta y noventa fueron años de apertura de la sociedad israelí, y no solamente con relación al conflicto. Con el proceso de Oslo y la denuncia de la colonización nuestro movimiento estaba inserto en el sentido de la corriente de opinión, era solicitado por los medios progresistas y por las universidades. Pero a partir del año 2000 y hasta hoy nos miran casi con compasión, como utopistas, como gente que vive treinta años atrás. Nos dicen ¿todavía creen en eso?

El gran responsable del viraje de la opinión pública israelí a partir del año 2000 es Ehud Barak, a pesar de haber sido elegido, porque de alguna manera representaba en ese momento la opción por la paz. A mediados de agosto de 2000 regresó de Camp David habiendo saboteado ese encuentro. De hecho, Robert Malley, enviado especial de Bill Clinton a ese encuentro, lo dice hoy claramente.

Barak no tuvo problemas en afirmar que él había realizado ofertas generosas rechazadas por Yasser Arafat y que los palestinos no querían la paz. Barak dijo algo más que no circuló mucho en el exterior pero sí dentro de Israel: que en el fondo él había desvelado un plan secreto de Arafat para hacer desaparecer el Estado de Israel y echar a los israelíes al mar. Y precisamente porque Barak representaba la alternativa progresista a Netanyahu en aquel momento, su discurso tuvo un efecto devastador. Muchos pacifistas se dijeron entonces "Estábamos equivocados. La derecha tenía razón".

El contexto actual no nos permite imaginar movilizaciones de masa importantes como aquellas de los noventa. Creo que la opinión pública cierra los ojos frente a la realidad nacional y regional. Los cambios en las relaciones de fuerza regionales, el aislamiento internacional reflejado en los resultados del voto en la ONU, el ostracismo que nos consume. Pero es la realidad la que modificará la opinión pública israelí y no el discurso sobre los riesgos a futuro. La ausencia de presiones internacionales reales impide la toma de conciencia por parte de la opinión pública nacional y reconforta al gobierno israelí en sus opciones y en un sentimiento de impunidad.

Nuestra esperanza es que la comunidad internacional asuma una posición más firme, deje de lado el simple discurso que no conduce a nada. Solo así podremos recuperar la fuerza de movilización que tuvimos hace años. ■